



Dicen en la villa y corte que "la primera verbena que Dios envía, es la de San Antonio de la Florida"; esa inveterada jarana nocturna que se celebra popularmente en la víspera de ciertas festividades, y que lleva consigo ese jolgorio y alegría propios de las conmemoraciones sancionadas por la tradición, el uso, o la costumbre. Por otra parte, la verbena es una planta muy común en España, muy llamativa y vistosa, con un tallo de unos ocho decímetros de altura, flores llamativas, de múltiples colores, que se sustentan en unas espigas largas y delgadas, con hojas ásperas y hendidas. De ahí que a los regocijos populares verbeneros les llamen de ese modo. Aunque en esas y otras latitudes, tal festejo popular comprende una serie de divertimientos, tales como los carruseles, rueda de caballitos, barcas de columpio, chocolate y churros, etc., en nuestra tierra, en este Albacete de nuestras raíces, la palabra define otro tipo de diversión más concreta y concisa: el baile.

Sí, la danza popular en parejas, nocturna, en espacios abiertos, en lugares como los Jardinillos de la Feria, sitio indudablemente propicio para tal menester. Aunque ya no se estila esta clase de entretenimiento, si viene a mi evocación ese inevitable y grato recuerdo de mis tiempos jóvenes, al haber disfrutado de aquellas noches, unas veces bailando y otras contemplando, el curso del hacer de las gentes, mientras escuchaba las interpretaciones de la banda de música, que era quien la generaba.

La primera verbena del año, festejo o diversión popular, se daba el día de San Juan, patrón de la ciudad. Era un baile que, los antiguos predecesores nuestros, llamaron de *botón gordo*, de *candil*, o de *cascabel gordo*. Comenzaba a las once de la noche y terminaba a la una y media de la madrugada. Era como el lanzamiento del cohete de apertura anunciador, que durante todo el verano y hasta pasar la Feria, todos los sábados y vísperas de fiesta, habría verbena en los sencillos, frescos, acogedores y hermosos jardines, de ese paseo que conduce al edificio ferial. Era un acontecimiento entre los jóvenes, puesto que desde las fiestas de navidad, no solíamos tener posibilidades de bailar, mejor dicho, ¡aprender a bailar!. Y por esa razón, esperábamos con la ilusión propia de la juventud latente, que llegasen esas verbenas, donde se cumplían una serie de requisitos de tipo social, que en el tiempo actual serían sorprendentes, pero que nos ofrecía posibilidad de pasarlo bien en aquellas hermosas noches del comenzado verano.

Los muchachos solíamos acudir en pandilla, y después de adquirir la entrada en las taquillas al efecto, penetrábamos en el recinto. Antes,

Las verbenas

habíamos tomado café, -algunos también se tomaban una copilla de coñac-, o un blanco y negro helado, en los refrescantes que, por la misma causa festiva, se inauguraban esa noche por y para el tiempo que hemos descrito anteriormente. Dentro del recinto nos dedicábamos a ir recorriendo los paseos principales y laterales de los Jardinillos, donde las muchachas se encontraban generalmente sentadas entre las mujeres mayores que necesariamente tenían que acompañarlas; y en nuestro recorrido íbamos viendo donde podríamos obtener la concesión de algún que otro baile. Analizábamos al mismo tiempo a que clase de pareja de nuestro agrado o preferencia podríamos solicitarlo, en el momento en se produjese el inicio del mismo, cuando aquella banda de música interpretase el tema de nuestro deseo. Tiempos mas tarde, aquella banda de música, se convirtió en orquesta ligera, tomando otro aspecto más moderno o consecuente con la época.

Aprendimos a bailar de la mejor manera y en el más

Aprendimos a bailar de la mejor manera y en el más sencillo trazo, aun a costa de algún que otro pisotón a la pareja, a la que pedíamos las pertinentes disculpas más colorados que un tejo

sencillo trazo, aún a costa de algún que otro pisotón a la pareja, a la que pedíamos las pertinentes disculpas, mas colorados que un tejo. Para lograr la concesión del baile, había que ir a pedirlo a la muchacha que nos había gustado, con aquella casi reverencial actitud de caballero galante; generalmente, ella bajaba los ojos, y con una inocente contestación de ¡bueno!, accedía al baile, dejándose llevar entre esas conversaciones insulsas y casi infantiles sobre el tiempo, la

hora, o el calor. Se bailaba en las proximidades de donde estaban las mayores que la acompañaban, sobre el pavimento de arena, y también, rotando alrededor de aquel templete circular que existió en el centro de los jardines, y que luego fue derruido para lograr más espacio. Los novios, por aquello del compromiso, se iban más allá, junto a la fuente, estanque y templete que existe cercano al final.

Aprendimos a bailar, pasodobles, boleros, fox-trot, y alguno que otro tango. Luego, con el tiempo, la llegada de nuevos ritmos entregó otras dimensiones mas individualizadas a los amantes del baile, a todos aquellos que siguieron ejercitando la danza en pareja, como diversión y pasatiempo apetecido. Y fue cambiando el panorama nocturno de la presencia de los acompañantes, por las pandillas de muchachas y muchachos, que en la más sana amistad, hicieron más cercana la relación y más coherente, la normal y lógica costumbre de bailar en pareja. Pero siempre quedará en la rememoración de los momentos bonitos de nuestra vida, aquellas primeras verbenas de San Juan, punta de lanza de los veranos, en las más sencillas, amistosas y coherentes relaciones humanas.



Martín
Giménez
Vecina